



*Carolina* Montoto

SIN  
EFECTOS  
ESPECIALES



## CAPÍTULO 10

Al segundo día de navegación, Dom y yo nos habíamos instalado en unas rutinas más propias de funcionarios que de gente que está de vacaciones. Cada uno en su estilo.

Yo me despertaba a una hora discreta, a eso de las once, cuando los primeros olores de las cremas solares entremezclados con los del bacón frito del desayuno comenzaban a invadir el ambiente. Y de la cama saltaba directo a la ducha.

Dom, en cambio, en estado cataléptico tan solo despertarse, también sobre las once de la mañana, se quedaba media hora contemplando el armario con el ceño fruncido y aire de profunda concentración. Digo bien, profunda concentración: Dom se entregaba entonces a una seria reflexión acerca de lo que iba a ponerse, y siempre acababa necesitando consejo. Al fin, cuando había logrado reunir la suficiente energía, solía atravesar, cubierto con una elegante bata blanca, los escasos metros que separaban nuestros camarotes para preguntarme a mí, que invariablemente iba vestido de negro, algo del estilo: «¿Crees que quedaré bien con el bañador verde y la camiseta de tirantes rosa?».

De vuelta a su camarote, tras cambiar pijama por bañador y aplicarse sus afeites, Dom se iba a dar un paseo por el comedor, «cargaba las pilas» –como solía decir– y finalmente aterrizaba en la piscina, que a esas horas estaba tomada por niños y viejas.

Con la mirada trataba de localizar a su último ligue y, si este le fallaba, se reunía con un grupo de cuarentonas divorciadas y con ganas de pasárselo muy bien a las que el director de arte había cautivado con sus aires de hombre de mundo.

A todo esto, mientras Dom desplegaba su cola de pavo real por el barco, yo permanecía en el camarote arropado por el anonimato, a la espera de que un camarero me trajese el acostumbrado café, tal como habíamos acordado que haría, al tiempo que me entretenía leyendo revistas de historia o haciendo sudokus, la única manera de mantener a mi difunta alejada de mi mente. Hacia las tres y media salía a comer protegido por unas gafas de sol y una gorra calada hasta las orejas por si me cruzaba con Bárbara Müller, aunque sabía que a esa hora ella se encerraba en su camarote para echar la siesta y huir así del calor.

A las once de la mañana, la hora en que Dom y yo empezábamos a existir, Bárbara Müller ya llevaba cuatro horas despierta. Con tesón teutónico, se había propuesto nadar todos los días mil metros en una piscina que únicamente medía veinte y que por lo general estaba a rebosar. Cualquiera hubiera desistido de tales pretensiones tan solo contemplar las multitudes que la llenaban, pero Bárbara Müller no era cualquiera. Lo que para otro habría representado un problema, para ella no era más que un reto, una más de las zancadillas que ponía la vida y que exigían buscar una solución. ¿Matar a los bañistas? Bárbara Müller había optado por un método bastante menos drástico. A las siete de la mañana, enfundada en un albornoz blanco, se plantaba delante de las cristalinas aguas de la piscina, que observaba con satisfacción: a esa hora no había ni rastro de ser humano alguno. Dueña y señora de la embarcación, pues, daba comienzo al ritual: se despojaba del albornoz, hacía unas flexiones y con un estilo impecable se tiraba de cabeza a la piscina, de la que no salía hasta haberla recorrido exactamente cincuenta veces.

Finalizada su sesión matutina de natación, Bárbara Müller se dirigía con paso atlético al camarote, se vestía en un periquete y, con una vitalidad envidiable, se presentaba en el comedor del clíper, donde los pasajeros que hacían cola en el bufé la observaban con una mirada llena de estupor. Quienes no tenían la marca de las sábanas en la cara mostraban legañas en los ojos. Después de colocar sobre la bandeja tenedor, cuchillo y cuchara, la directora general recorría el comedor con decisión y se servía unas piezas de fruta y un trozo de queso mientras daba consejos a algunos comensales («El yogur, mejor con frutos secos») y aguaba la fiesta a otros («Pues que yo sepa, no hay nada peor que los huevos para el colesterol»). A continuación, sin perder ni un solo segundo, le pedía al camarero que le preparara un cortado con exactamente dos dedos de café y tres de leche. Ni uno más ni uno menos, exigía, con lo que se ganaba la mirada intimidada de este, a la que se sumaban las miradas incómodas de los pasajeros. O al menos esta es la reacción que deduje que su presencia producía tras observar unas imágenes que el fotógrafo del clíper había tomado: en ellas se la veía sentada completamente sola en el centro del enorme comedor y rodeada de solícitos camareros. No parecía muy contenta.

—Pues no le encuentro nada risible a estas fotografías —le dije al camarero del bar Tropical cuando me las mostró con cierto regocijo, seguramente agraviado por los críticos comentarios que la directora general le había hecho.

Más bien, la escena me parecía patética y, por sorprendente que pueda resultar, pensé que hasta me habría gustado brindarle a Bárbara Müller mi compañía durante el desayuno para aliviar su soledad. Sabía muy bien cómo se siente uno cuando está solo en medio de una multitud. Recordaba, como si no hubiera transcurrido ni un día desde entonces, las muchas horas que yo había pasado en el patio de la escuela sin que nadie me dirigiera la palabra, deseando volver a la clase. Y esto era algo que no le deseaba a nadie.

Llegados a este punto, he de reconocer que mi capacidad de raciocinio había quedado algo mermada desde que había podido vislumbrar parte del generoso pecho izquierdo de Bárbara Müller cuando, en un descuido, se le había medio abierto el albornoz. Y bien, ¿qué puede hacer un hombre desesperado como yo en una situación así? ¿Flagelarme porque mis instintos naturales iban en contra de unos proyectos que llevaba dos años pergeñando? Lleno de contradicciones, intenté mantener la frialdad mientras continuaba espiándola desde un ventanuco. Ese día, como cada mañana después de desayunar, Bárbara Müller se había instalado en una tumbona de la cubierta, donde solía ponerse a leer una novela o a escribir en el ordenador, y así transcurrían las horas, tranquilas, tan solo perturbadas por las puntuales apariciones de Dom, que se acercaba para darle los buenos días y un poco de conversación, y entonces, cuando la veía volcada en su ordenador, la reñía cariñosamente:

—¿Ya estás enviando otro mail a Ariadna? ¿Cuándo dejarás de preocuparte por ella? Ariadna está en buenas manos.

En los correos electrónicos que le enviaba a su hija, Bárbara Müller le preguntaba qué había comido, si se divertía y si estaba bien, algo que yo también habría hecho si mi pequeña hubiera estado viva. Y además aprovechaba para recordarle que debía ponerse crema solar, la prevenía contra las aguas demasiado frías de los ríos y le recomendaba que no confiase en nadie. Me lo contó Dom.

—Y claro, ¿qué le va a contestar Ariadna? —añadió el diseñador—. No contesta, y la madre se angustia pensando que alguien la ha raptado, violado o matado. ¿Y yo qué he de hacer?

¿Escucharla, quizá?

—Y empieza a bombardearla con SMS —prosiguió—. Es la primera vez en mi vida que veo a Bárbara perder el control de esta manera.

Unos meses atrás, me habría frotado las manos de pura satisfacción al oír esta noticia. Incluso habría corrido a dar la noticia a mi difunta en una de esas conversaciones imaginarias que a veces manteníamos. Esto, unos meses atrás. ¿Y ahora? Ahora no tenía ni ganas de reír. ¿Acaso no quieres que Bárbara Müller pague nuestra pena con su sufrimiento?, me habría recriminado Teresa al verme acoger las revelaciones de Dom tan serio.

¿Acaso yo quería que Bárbara Müller pagara nuestra pena con su sufrimiento?, me pregunté por primera vez en el viaje. Y a la sazón me di cuenta de dos cosas: como padre que yo había sido, me reconocía en la angustia de la directora general, y como hombre, algo se había despertado en mí al ver su pecho, el deseo; y desear, ahora lo sé, da vida. Solo vive quien desea, y yo hasta aquel día había permanecido muerto.

En cualquier caso, Ariadna nunca fue víctima de secuestro, violación o asesinato alguno. Un tardío SMS de la pequeña solía devolver a Bárbara Müller la tranquilidad y le hacía recuperar el autocontrol, con lo que, a la hora de comer, cuando se encontraba con Dom en el comedor, ya volvía a ser ella y ambos se divertían con sus comadreos sobre los pasajeros. Al cabo de dos horas, sin embargo, Bárbara Müller ya comenzaba a mirar inquieta el reloj.

–No me digas que tienes una cita –acostumbraba a inquirir Dom con ironía.

–No, pero...

Ese «pero» significaba que su jefa no podía estar más de dos horas sin hacer algo que no fuera útil, eficaz, práctico y orientado a ganar más dinero o a adquirir más poder.

–Bárbara no se sabe relajar –me resumía Dom–. Dice que se va a su camarote a echar una siesta, pero no me lo creo. Debe de estar aprendiéndose alguna ley de memoria.

A las cinco, finalizada su supuesta siesta, se instalaba con su ordenador en lo que pomposamente llamaba su despacho, en realidad una sala de reuniones, y trabajaba toda la tarde. ¿Bárbara Müller trabajando en vacaciones? Así es. Hasta las nueve, la hora de la cena, contestaba correos electrónicos, revisaba presupuestos y proyectos y sobre todo incordiaba a Cris con consultas acerca de una campaña o pidiéndole que comprobara la dirección de tal cliente. Pero ¿no estaba también Cris de vacaciones? Está de vacaciones pero es como si no lo estuviera, me respondió Dom cuando le pregunté por la secretaria: para comenzar, no debería cojerle el teléfono a Bárbara. Así de fácil. ¿Así de fácil? Recordé que Teresa solía telefonarme para preguntarme dónde estaba, para consultar un tema de la declaración de la renta y para averiguar cuándo iba a volver a casa. Mi esposa llegaba a telefonarme hasta diez veces al día. Y si no cogía el móvil, me llamaba a la oficina o llamaba a mi socio. Quien había inventado el móvil, había inventado también el mejor instrumento del mundo para tener a la gente controlada.

¿Llamaría también Bárbara Müller todas las noches a su hija para saber lo que cenaba? Seguramente. Y es probable que la niña le contestara con lo primero que se le viniese a la cabeza y que a su vez le preguntara, con algo de sorna, qué había cenado ella, pues de sobras debía de conocer la respuesta.

—Ensalada.

Y es que todas las noches la directora general cenaba una ensalada; Dom, por el contrario, dudaba, leía la carta una y otra vez, pedía consejo al camarero y cambiaba de parecer en unas cuantas ocasiones antes de atreverse a dar el paso de pedir un plato del que, con toda seguridad, se dejaría la mitad. Este era el ritual diario. Tras los quince minutos necesarios para que Dom escogiera lo que más le apetecía, la cena se alargaba un par de horitas más, que ellos solían amenizar con el juego de las

apuestas: ¿tropezaría el camarero con la mesa? ¿Se enrollaría la pasajera del camarote 33 con el garrulo valenciano que le iba detrás desde el comienzo del viaje? Podían estar de lo más entretenidos, pero invariablemente, cuando tocaban las once, Bárbara Müller se retiraba a su camarote, pese a las protestas de Dom, con el alegre pensamiento de que faltaba menos para reunirse con su hija.

Una mañana, creo que fue al cuarto día de navegación, Dom rompió la rutina de nuestras primeras frases matinales, en las que, como he contado, me pedía la opinión acerca de los modelitos que llevaba.

–Bárbara te invita a tomar el aperitivo –me dijo ese día–. Después de lo que le he contado de ti, cree que tenéis mucho en común.

Yo aún estaba en la cama. Las bolsas de los ojos me impedían abrir los párpados y hasta pensar hacía que me doliera la cabeza. Resaca, musité con voz áspera, y me di la vuelta hacia la pared con la esperanza de que aquella palabra hubiera bastado para librarme del convite. En efecto, Dom, que sabía de sobras lo que era una resaca, me dejó por el momento en paz y, desgraciadamente, también a solas con mis atormentados pensamientos: ¿qué le habría explicado a Bárbara Müller sobre mí y por qué íbamos a tener algo en común? ¿No sería su invitación uno más de los caprichos pasajeros de la directora general, que a buen seguro debía de aburrirse en el barco? ¿Y si, por el contrario, ella sospechaba algo acerca de mis intenciones, aunque ni yo mismo las tenía muy claras?

Para mi agobio e inquietud, esta escena se repitió en diversas modalidades en las siguientes horas.

–A Bárbara se le ha ocurrido que tal vez te gustaría unirte



a nosotros para jugar al billar –me comentó Dom a la hora de comer.

Y yo le respondí que tenía problemas en la muñeca, tendinitis, añadí, y que mi médico me había desaconsejado forzarla.

Y si esto fue al mediodía, por la tarde Dom volvió a erigirse en mensajero de la presunta asesina de mi hija:

–Resulta que hemos reservado un taxi para visitar Taormina tranquilamente. Si te apetece apuntarte... –sugirió.

–Pues va a ser que no, no puedo –improvisé, casi en un tris de sufrir un ataque de apoplejía debido a la enorme presión a la que me sentía sometido en los últimos días. Si ya me pesaba tener siempre encima a mi mujer muerta, ahora parecía haberse unido al séquito Bárbara Müller.

¿Cejaría algún día su acoso? Por supuesto que no:

–Hoy, excursión a Lipari. ¿Quieres venir...? –me preguntó Dom a la mañana siguiente.

La voz de mi mujer me martilleó los tímpanos con sus chillidos y órdenes: Di que sí, imbécil. Di que aceptas con mucho gusto y aprovecha para vengar la muerte de nuestra pequeña Sol.

Para declinar anteriores proposiciones, yo había alegado dolor de muelas, dolor de espalda, insolación y diarrea. Repasé mentalmente otros posibles achaques y me dije que aducir una fobia al mar no resultaría creíble. Entre tanto, Dom esperaba impaciente mi respuesta, y yo me sentí como el toro al que llevan a la plaza para celebrar la fiesta nacional:

–Vale –susurré mientras enterraba la cabeza bajo la almohada y, ya fuera por el peso del cojín o por el peso de la obligación impuesta por mi difunta, sentí que me ahogaba y deseé morir.

–¿Has dicho que vale? –exclamó Dom–. Bárbara no se lo va a creer después de todas las calabazas que le has dado.

Yo tampoco me creía que hubiera aceptado su propuesta, y menos, pensé en ese momento, que hubiera llegado a embarcarme en ese pretencioso clíper con la única idea de seguir a Bárbara Müller e infligirle no sé qué venganza. ¿Acaso me había vuelto loco? Dos minutos de lucidez me permitieron contemplar lo que habían sido los últimos diez años de mi vida como si yo fuera el espectador de una película. ¿Qué había sido de mi relación con María, de todos los viajes que habíamos soñado hacer juntos una vez que me divorciara de Teresa? ¿En qué enredo me había metido? Lo único que a ciencia cierta sabía era que toda mi existencia constituía una gran mentira.

–¿Puedes decirme qué le has dicho a tu jefa para que quiera conocerme? –intenté averiguar.

Estaba claro que Dom no iba a contarme que, tras registrar mi equipaje, había descubierto que tenía una cuenta bastante saneada, ni que por el camarero del bar Tropical sabía que yo era viudo y que mi hija también estaba muerta. Que ya nada me hacía ilusión. Entonces, ¿qué le habría dicho?

–Nada especial –respondió el diseñador–. Has sido tú mismo, con tus continuas negativas, el que ha logrado despertar su interés. Nunca nadie se ha atrevido a decirle tantas veces no.

En otras palabras, Bárbara Müller no estaba acostumbrada a pedir, sino a que le dieran, y menos a dar, sino a coger. Y he aquí que yo, un don nadie, se había atrevido a plantarle cara. Pues sí que vamos bien, pensé, y me metí en el baño para estar solo y meditar la conveniencia de cortarme las venas. Después de todo, nadie iba a echarme de menos.

Pero ¿acaso no debería habérmelas cortado ya el día en que María se cruzó conmigo y yo empecé a soñar con ella?